

De terror llena, la gente calla;
Mas ve al apuesto jóven gentil
Alzar el guante, ganar la valla,
Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,
En dulce llama de eterno amor
La noble dama sintió que ardía:
Con rostro afable le recibió;
Mas él al rostro la arroja el guante,
Y al alejarse, con altivez
"Busca—la dijo—busca otro amante
Que necio quiera tu esclavo ser."

1859.

EL PRISIONERO

DE SANTA ELENA.

A mi amigo D. Pedro de Landero.

Te he visto retratado de jóven todavía:
Al resplandor del fuego
Tu mano aparecía
Mostrandó al artillero los muros de Tolon.
Te he contemplado luego
Bajando el Apenino,
Cuando al pueblo latino
Del sueño del sepulcro llamaba tu cañon.

Al pié de las Pirámides te contemplé tranquilo:
Tu forma retrataba
Lleno de asombro el Nilo;
De cien ilustres sombras hollabas el país.
Mas tarde reflejaba
Sobre tu escelsa frente
Su rayo indeficiente
El sol de las jornadas de Jena y Austerlitz.

Pero tan grande nunca jamas me pareciste
 Como al mirarte aislado
 En Santa Elena, triste
 Durmiéndose á tus plantas el águila imperial:
 Del mundo abandonado
 Tú, meditando á solas
 Mientras las turbias olas
 Del mar en torno tuyo se vienen á estrellar.

Esos cansados brazos que cruzas sobre el pecho,
 El mundo sujetaron
 Un día en lazo estrecho,
 Porque luchó contigo y tú pudiste mas!
 Aquesos piés hollaron
 El manto de cien reyes,
 A quienes diste leyes
 Como al esclavo impone las suyas el sultan.

El brillo de tus ojos fué signo de victoria:
 Marchaban tus soldados
 Al campo de la gloria
 Si al frente de ellos ibas, de un mártir con la fe.
 Países dilatados
 Sin tregua recorrias
 Y ahora no podrías
 El trecho que recorre un niño recorrer.

Antes, el eco grato de bélica diana
 Te interrumpia el sueño
 Viniendo la mañana:
 Hoy á la puerta misma del triste pabellon

Clama el inglés tu dueño,
 Toda la noche "alerta,"
 Y su clamor despierta
 Al noble prisionero de altivo corazón.

¿Cómo caiste? dime: la hormiga pequenuela
 El árbol eminente
 Royendo con cautela

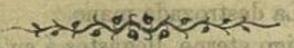
Cómo derriba al cabo? ¿Qué brazo te venció?
 ¡Ninguno, ciertamente!
 Fuiste leon temido
 Que pisa inadvertido
 El césped que la fosa del cazador cubrió.

Juzgaste por el tuyo de un corazón villano;
 Sin vacilar tendiste
 La destrozada mano
 A tu enemigo eterno, llegastes á su hogar.
 ¡Ah! ¡pobre águila triste!
 Eras aún muy fuerte
 Y, en su poder al verte,
 Tus garras le espantaron; te las mandó cortar.

¿Qué grande me pareces de pié sobre la roca
 Pensando en tu destino
 Mientras con furia loca
 La espuma de su orgullo la mar arroja allí!
 Si hallaras tú camino
 Sobre sus ondas bravas,
 Fueran de nuevo esclavas
 Cuantas naciones antes bajo tu yugo ví.

Me dicen que de sangre tu pedestal teñido
 Está, noble guerrero:
 Jamas verlo he podido,
 Que el brillo de tu frente mi vista deslumbró.
 Mas ¡quién al prisionero
 (Cuya grandeza abulta
 Cada año que trascurre) en la desgracia insulta?
 La humanidad te admira: toca el juzgarte á Dios!

1851.



PENSAMIENTOS DE SCHILLER.

A mis amadas hermanas.

I.

El Labrador.

Lleno tu corazon de la esperanza,
 Al hondo sulco la semilla fias
 Que habrá de producir frutos opimos
 Cuando aparezca la estacion propicia.
 Mas, dime: ¿esparces con el mismo anhelo
 En los sulcos del tiempo la semilla
 De las buenas acciones, cuyo fruto
 Hemos de recoger en la otra vida?

II.

La Esperanza.

A porvenir mejor el hombre aspira
 Y siempre corre tras lejano objeto;
 Muere el invierno; primavera asoma
 Y espera él siempre. Un mágico reflejo

Vierte de la esperanza el alba estrella
Sobre la alegre faz del niño tierno,
La faz del entusiasta adolescente,
Del hombre audaz y el abatido viejo;
Y cuando éste, tras marcha fatigosa,
Duerme en los brazos del eterno sueño,
La luz de la esperanza todavía
Brilla sobre su tumba allá en el cielo.

Ilusion engañosa la esperanza
Nutrida en los errores del cerebro,
No puede ser! El corazón nos dice
Que para otra existencia fuimos hechos,
Y esta secreta voz nunca me engaña:
Mortal, espera: alcanzarás tu objeto!

1853.

A VERACRUZ,

DURANTE EL BOMBARDEO DE LOS NORTE-AMERICANOS.

Ya va á espirar el día: manso el viento
Se aduerme entre las flores,
Y no elevan cual suelen su lamento
Dulce los ruiseñores.

Un ave que otra por el ancho cielo
Sus alas va agitando,
Y aislada palma al ver, amaina el vuelo
Sobre ella descansando.

Vélase el mundo en sombra de tristeza
Indefinible y vaga,

Cual la mujer que oculta su belleza
Si nuestro amor no paga.

Si llevamos los ojos al Oriente,
El alma sin sosiego,

Vemos con avidez distintamente
Relámpagos de fuego.

Y si en el alta noche Bóreas frío
Su cólera refrena,

Rumor como el de truenos del estío
En el espacio suena.

¡Ay! cada vez que inquietos escuchamos
Esos débiles truenos,

El corazón nos dice que contamos
Un compatriota menos!

¡Veracruz! ¡Veracruz! Tal vez ahora,
 Tus guerreros sin vida,
 Te contempla la hueste asoladora
 Suya, mas no rendida.
 Nos dicen que tus hijos son dechado
 De valor y constancia;
 Que, sangrienta y destruida, has imitado
 Las glorias de Numancia;
 Que de tu fuego el invasor seguro
 De tu ardor á despecho,
 Tan solo fué para sus bombas muro
 De tus hijos el pecho.
 Ya la historia dirá cómo, olvidada
 De la nacion entera,
 Páras al invasor, teniendo en nada
 Su enojo de pantera.
 No esperamos que triunfes: numeroso
 El enemigo bando
 Está con proyectiles alevoso
 El tuyo minorando.
 Tú, si cubrió el oprobio nuestra frente,
 Borrás mancha tan fea:
 También es vencedor el que valiente
 Sucumbe en la pelea.
 Vale un laurel sobre la frente fría
 Del cadáver de un bravo,
 Mil veces mas que ver la luz del día
 Con la marca de esclavo.—
 ¡Sean tus ruinas el padron severo
 Que incite eternamente
 A combatir y sucumbir primero
 Que doblegar la frente!

Jalapa—1847.

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1821.

HIMNO PATRIÓTICO.

¡Gloria á Iturbide, que al leon hispano
 En recia y buena lid supo vencer!
 La libertad del pueblo mexicano
 Rastro glorioso de su vida fué.

I.

Vienen á la memoria aquellos dias
 En que, arrojó inspirando y decision,
 Al eco de guerreras melodías
 Desplegóse la enseña tricolor;
 Y el anciano y el niño y el adulto
 A prosternarse fueron á su pié,
 Para rendir á sus colores culto
 Jurando allí triunfar ó perecer.

II.

“Ve,” le dice al esposo tierna esposa
 Y la espada flamígera le da:
 Dice al amante la doncella hermosa:
 “Amor no puede haber sin libertad.

Al habitar privilegiado suelo,
Do esparce brillo indeficiente el sol,
Ser libre sea tu primer anhelo:
Ve á conseguirlo y obtendrás mi amor."

III.

¡Tronó el cañon! Los dignos descendientes
Del fiel Guzman y el indomable Cid,
Despues de combatir como valientes
Nos dan la diestra con lealtad al fin.—
De nuestra vida hasta la hora estrema
Nuestro mas noble orgullo formarás,
Tricolor pabellon, porque es tu lema
"LA RELIGION, LA UNION, LA LIBERTAD."

Gloria á Iturbide &c.

1853.

RECUERDOS

DE LA INVASION NORTE-AMERICANA.

ALCALDE Y GARCIA.

"Muertos sí—dijo—pero esclavos no."
ARRIAZA.—Elegía al 2 de Mayo.

Ya va á tender la noche sus crespones
Para envolver al mundo en su tristeza:
Sus galas va á esconder naturaleza
Al ojo del mortal.
Mas ¡ay! que apareció desde la aurora
Casi velada en nieblas funerales,
La intensidad tal vez de nuestros males
Así por aumentar.

Hieren cánticos fúnebres el viento;
Marcha con paso grave el sacerdote;
Retratado en los rostros su tormento,
El pueblo va tambien.

Lágrimas nublan los turbados ojos,
 Sollozos lanzan los rasgados pechos,
 Y en sollozos y en lágrimas deshechos
 Unos á otros se ven.—

Allí dos ataúdes que en sus hombros
 Conduce reverente el ciudadano,
 Las víctimas contienen que el tirano
 Feroz sacrificó.
 Ya dejaron el templo do sus preces
 Por los que fueron el mortal levanta:
 Guía la muchedumbre ya su planta
 Al yerto panteon.

¡Sombras ilustres! Alzaos
 De vuestro fúnebre lecho;
 Mostrad el sangriento pecho
 A la oprimida nacion;
 Que en pago os enseñaremos
 Cuantos tras vosotros vamos,
 Cómo, á nuestra vez, llevamos
 Desgarrado el corazon.

Ya se agotó la copa de amargura;
 De la muerte en el seno ya reposan:
 Van á entrar en la yerta sepultura
 Para no mas salir.

Al tristísimo *requiem* acompaña
 Vagó el clamor de los airados vientos:
 La lluvia desatándose con saña,
 Viene á verlos partir.—

Recibe tú, Dios mio,
 El alma desprendida
 Del barro que en la vida
 Aprisionóla impío,
 Y bondadoso acógela
 Del trono santo al pié.

Ella vagó en el mundo
 Cual hoja que, arrancada
 Al árbol, desolada
 Va sobre cieno inmundo,
 Siempre marchita y prófuga
 Del viento á la merced.

Mas, de la tumba á orillas,
 Tiende hácia tí sus manos:
 Baja, Señor, á asillas,
 No sean sus ruegos vanos!
 De eternidad condúcela
 Por el ignoto mar.

Que en la tumba los restos
 Del cuerpo en que vivia,
 Por la piedad hoy puestos
 Que en tus promesas fia,
 En su recinto lóbrego
 Al fin duerman en paz!

Verted llanto, vertedlo, ciudadanos,
 En derredor del túmulo sangriento:
 El invasor con depravado intento
 A ellos la palma del martirio dió.
 A nosotros las lágrimas nos quedan;
 A ellos les queda en galardón su gloria;
 A nosotros impresa en la memoria
 La sangre que el patíbulo regó!

Dormid en paz vuestro sueño
Mientras seguimos luchando,
De ir nuestro honor restaurando
Llevados por el empeño.

Fuera muerte gloriosa
Para vosotros, guerreros,
Morir con vuestros aceros
Derramando sangre odiosa.

Mas, viles os desarmaron
Por cebar su rabia fiera
En una águila altanera
A quien las garras cortaron.

Es un triunfo vuestra muerte;
Su cobardía pregona:
Puso en vos noble corona
Aunque fúnebre, la suerte.

Y á fe que al morir llorados,
Sed de venganza dejais,
Que en la memoria quedais
De todo un pueblo grabados.

Y seguirá vuestra huella
Anhelando la victoria,
Y será libre con gloria
O sucumbirá con ella.

Que hoy vuestro sueño envidiamos
Porque descansar os vemos,
Y morir cual vos queremos
Si, cual vos, gloria alcanzamos,

Y con duelo inmenso en tanto
Vendremos dia por dia
Vuestra sepultura fría
A regar con nuestro llanto.

Al recordaros, el pecho
Palpitará entusiasmado
Y á su intento denodado
El porvenir será estrecho.

Mas si nos hiere la suerte
¡Ay! y si en aciago día
Nos dá esa falanje impía
Con la libertad la muerte,

De nuestra tumba no en vano
Podrá decir la inscripcion
Al implacable tirano:
"Muertos ya somos; pero esclavos no."

Jalapa—1847.

MEXICO Y ESPAÑA.

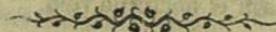
BRINDIS EN UN CONVITE DADO AL POETA ZORRILLA.

Sus legiones Cortés condujo un día
 A la ciudad hermosa de los lagos,
 Que al pie de altas montañas se estendia
 De primavera eterna á los halagos.
 Huyó la paz: tronó la guerra impía;
 Sofocar no pudieron sus estragos
 De Guatimoc el valeroso instinto;
 Pero triunfó el pendon de Cárlos Quinto.

Leyes, costumbres, religion, idioma,
 Trajo el conquistador á nuestra tierra,
 Y luego á los altivos pueblos doma
 Tras incesante afan y cruda guerra.
 Mas ya la luz de libertad asoma:
 La gloria al ver que el porvenir encierra,
 América exclamó: "Ser libre quiero,"
 Lidia, vence y quebranta el yugo ibero.

Quebranta el yugo; pero nunca olvida
 Que es el pueblo español el pueblo mismo
 Que trajo á esta region desconocida
 La civilizacion y el cristianismo.
 Que el Atlántico inmenso nos divide
 No importa, no; cegado ya el abismo
 Que entre uno y otro pueblo abrió la saña,
 Llámanse hermanos México y España.

1855.



ADIOS AL ESTÍO.

Mueren las flores postreras
Del prado en la mustia alfombra,
Do van tendiendo su sombra
Las tempestades primeras.

Por última vez el cielo
Brilla trasparente y raso
Si el sol descende al ocaso
O rasga el nocturno velo.

Con el rumor de los vientos
Mezclan su canto las aves,
Las fieras rugidos graves,
La tempestad sus acentos.

Adios ¡oh estío! tus flores
Cuanto bellas son fugaces;
Tú nacer no bien las haces
Y las quitas sus colores.

Mas vivirían en vano
Las otras cuando su frente
Dobló la mas inocente
De las que engendra el verano.

¡Alma mia, niña hermosa,
Que en el sepulcro te escondes
Y á mis quejas no respondes
Allá en el cielo dichosa!

¡Qué se hizo ya tu aroma?
Nos halagó pasajero:
Moriste como el lucero
Cuando la mañana asoma.

Henchidos de lluvia y cieno
Su cauce ensanchan los ríos:
De nubarrones sombríos
Está el firmamento lleno.

Presto el árbol corpulento
Perderá sus verdes galas:
Plegando un ave sus alas,
En él desafia al viento.

Es símil en su tristeza
De espíritu desolado
El panorama enlutado
Que ofrece naturaleza.

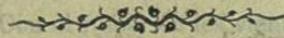
Si para aquel no se apaga
De la religion la estrella,
Puesta su confianza en ella
Triste y resignado vaga;

Porque Dios que el prado viste
De musgo en la primavera,
Abre la tumba severa
Para el corazon del triste.

Angel caído, le llama
A su mansion primitiva,
Donde con lumbre mas viva
En eterno amor le inflama.

La hoja así, arrebatada
En alas del aire vano,
Deja lóbrego pantano
Por espléndida cañada.

1850.



Porque Dios que el mundo viste
De mirago en la primavera
Abre la tumba severa
Para el corazón del triste

ÍDILIO.

Yo canto la frescura
De los nativos campos:
Yo canto la hermosura
De una modesta flor,
Y el hondo desconsuelo
Que siente el peregrino
Si torna al patrio suelo
Y en vano la buscó.

Praderas esmaltadas
Y montes eminentes
Cuyas nevadas frentes
Tocan el cielo azul
En sus espacios guardan
Arroyos cristalinos
Y los sonoros pinos
De añeja senectud.

En unas vese el lago
De fértiles riberas
Do vuelan placenteras
Las aves en tropel:

Brilla de trecho en trecho
Entre la turbia espuma
Del ánade la pluma
De extrema candidez.

En otros, donde Enero
Sus nieves amontona,
La nítida corona
Prenda de majestad,
Que los solares rayos
Al recibir, se hiende
Y cruge y se desprende
Rodando sin cesar,

¡Oh! Si ganais la cumbre
De tan escelso monte,
Veréis el horizonte
Su círculo ensanchar:
Preñado el seno de agua,
A vuestros piés la nube
Donde sus rayos fragua
La negra tempestad.

¡Oh! Si gozais la sombra
Que dan las arboledas,
De verdes alamedas
Tendido en el tapiz,
Escucharéis la música
Del céfiro en los ramos,
El vuelo y los reclamos
Del pájaro feliz.

Camina el ancho arroyo
Gimiendo sordamente,
Y en su cristal luciente
Contéplase el alcion:
El agua con sus alas
En azotar se empeña,
O sobre parda peña
Canta con triste voz.

Temible la culebra
Se arrastra entre las hojas:
Brillan sus manchas rojas
La luz al recibir;
Y su cabeza chata
Eleva rectamente,
La mano que la mata
Como queriendo herir.

A veces el silbato
Del cazador oyendo
Con que él está queriendo
Las ciervas engañar,
Ella buscando viene
Los tiernos cervatillos;
Con miedo sus anillos
He visto relumbrar.

Cubre verdoso musgo
Del olmo el grueso tronco:
Resuena el canto ronco
Del viejo leñador,

Y un golpe y otro golpe
 Del hacha cortadora,
 La queja atronadora
 Del árbol que cedió.

Cuando el otoño llega,
 Se nubla el claro cielo,
 De hojas se viste el suelo
 Y el árbol de aridez:
 Si callan los sonidos
 Del viento quejumbroso,
 Torrentes acrecidos
 Oigo bramar tal vez.

Y acaba el luto amargo
 De la naturaleza
 Cuando á brillar empieza
 La luz primaveral:
 Entonces, sí, recobran
 Con alegría suma,
 Los pájaros su pluma,
 Las fuentes su cristal.

Entonces sí que el cielo
 De bello azul se adorna,
 Y tibio el aire torna
 Las flores á mecer:
 Múltiples los ecos
 Repiten mis cantares:
 Las aves á millares
 Vuelven la patria á ver.

II.

¿Qué extrañas tú que en medio
 De flores y de plantas,
 En donde se abren tantas,
 Naciera tierna flor?
 Que, hiriéndola del alba
 Las ráfagas mas bellas,
 Ésta entre todas ellas
 Naciera la mejor?

¿Qué extrañas que, en la fuente
 Al verse mas cercana,
 Se columpiara ufana
 De la colina al pié;
 Y, remedando el eco
 De música armoniosa,
 Quisiera el chupa-rosa
 Su néctar absorber?

¿Qué extrañas que en la tarde
 Benéfico el sereno
 Fuera á bañar su seno
 Marchito por el sol;
 Que su nombre en los valles,
 O por los altos pinos,
 Sonara con los trinos
 Del pájaro cantor?

¡Que de su hogar saliendo
Un jóven peregrino,
La viera en su camino
Y detuviera el pié;
Y que, en el musgo echado
De la campestre alfombra,
Ella le diera sombra,
Su amor la diera él?

Del alba con las tintas
Brillantes se arrebola:
Ufana su corola
Levanta al cielo azul;
Y siente el que á su lado
Está sus formas viendo,
El corazon latiendo
De gloria y juventud.

Impregna su perfume
La gemidora brisa;
Columpiáse indecisa
Con desigual vaiven,
Y fórmanle concierto
La fuente que se queja
Y el ave que se aleja
De la engañosa red.

No sé cuáles memorias
De la sencilla infancia
Sintiendo su fragancia
El jóven evocó;

Ni qué dorados sueños,
Mirando tal belleza,
Ruedan por su cabeza,
Turban su corazon.

Al despedirse imprime
Un ósculo en su frente,
Mientras que dulcemente
La dice: "Tierna flor,
A mi pesar me lleva
Ingrato mi destino
Por áspero camino,
Muy lejos de tu amor.

"Mas cuando á pisar vuelva,
Tornando á mi cabaña,
La solitaria selva
Donde viviendo estás,
Te llevaré á que mores
Bajo el paterno techo,
Porque en mi humilde pecho
Te levanté un altar.

"Encantarás mis dias
Con tu perfume blando,
De mi alma desterrando
El tedio y el pesar;
Te cuidaré yo mismo
Con amoroso empeño;
Siempre seré tu dueño,
Siempre mi flor serás."

III.

Brillando el sol de Marzo
 Como imperial diadema,
 Las tiernas hojas quema
 De la modesta flor.
 Cuando en ocaso arde
 Lluve sutil sereno;
 Mas ¡ay de mí! qué tarde
 Para la flor bajó.

Como el amargo lloro
 Que amante infeliz vierte
 Sobre el despojo inerte
 De angelical mujer,
 Deslizase el sereno
 Por sus dobladas hojas
 Sin reanimar su seno,
 Sin refrescar su tez.

Cayó cuando la brisa
 Dentro del bosque zumba,
 Y halla una humilde tumba
 Que el césped alfombró;
 Y la hojarasca parda
 Que al árbol quita el viento,
 Allí se agrupa y guarda
 Los restos de la flor.

Se aspira su perfume
 Postrero todavía:
 Recuerda su ambrosía
 El chupa-rosa fiel;
 Y en sus cantares tristes
 Por la floresta amena,
 Dice la filomena:
 "Breve su vida fué."

Cubierto su semblante
 Del polvo del camino,
 Se acerca el caminante
 Que della se ausentó.
 La vista ansiosa tiende
 Por la comarca duda
 Su rostro se demuda,
 Porque á la flor no halló.

En su desierta rama
 Posada un ave triste,
 Parece que le llama
 Con tímido cantar,
 Y que le dice "En vano,
 Buscas tu flor querida,
 Porque murió temprano,
 Ya nunca la verás."

Siéntase solitario
 Al pié de la colina,
 Y su cabeza inclina
 Que la desdicha hirió.

Cubre con mano trémula
 Sus ojos, sollozando,
 Y al lloro curso dando,
 En alta voz gimió.

“¿Porqué la primavera
 Su perfumado aliento
 Presta al templado viento,
 Su juventud al sol;
 Y la celeste bóveda
 A despejar acierta
 Cuando á mi flor ya muerta
 Sirve de pabellón?”

“A mi destino injusto
 Quizá por ironía
 Brilla radiante el día
 Bajo su manto azul:
 Del sol ardiente el rayo
 Alegre se derrama
 Sobre la humilde cama
 Donde reposas tú!”

“¿Porqué morir tan presto,
 Mi bella flor amada?
 Lustre de la cañada
 En que naciste ayer,
 A tu desdicha acaso
 Mi amor abrió el camino,
 Que siempre fué mi sino
 Perder lo que adoré.”

“La suerte mas piadosa
 Hoy muéstrase contigo,
 Porque te presta abrigo
 La tierra maternal,
 Mientras en fuego inútil
 Mi pecho se consume
 Porque de tu perfume
 No tornaré á gozar.”

“¿Qué quieres que yo diga
 A mi familia amada
 Si á ver llega surcada
 De lágrimas mi faz?
 Conmigo entre vosotros
 Modesta flor traía;
 Pero en la tumba fría
 Goza de eterna paz.”

“¿Quién sabe si á mi lado
 Un porvenir sombrío
 Te estaba reservado,
 Y lo evitaste así!
 Si al ver de la tormenta
 Las cenicientas alas,
 Desnuda de tus galas
 Quisiste ya dormir!”

“El ala un ave pliega
 Y su cabeza esconde
 Cuando la noche llega,
 Présaga de quietud.”

¿Porqué en la sepultura
De recogerte acabas
Si de tu vida estabas
En la mañana aún?

“Conmigo tu memoria
Irá perpetuamente:
Siempre en el dulce ambiente
Tu aroma aspiraré.
¡Ay! que al dejarte presa
De muerte prematura,
Mi acerba desventura,
Mis lágrimas no ves.”

En su baston nudoso
Se apoya el peregrino:
Prosigue su camino
De su cabaña en pos;
Pero al dejar la selva
Torna la faz sombría,
Diciendo todavía:
“Adios, eterno adios!”

1850.

ULTIMO DIA DEL AÑO.

¿Porqué sin verdor el suelo
En las campiñas se ostenta,
Y la ciudad cenicienta
Y envuelto en nubes el cielo?

¿Porqué el ábrego que corre
Hierde el cuerpo, asusta el alma
Si, tras aparente calma,
Brama en solitaria torre?

¿Dónde está el ave canora
Por el cielo peregrina,
Que alzó su voz argentina
En la tarde y á la aurora?

Árido aparece el seto,
La montaña, el ancho prado;
Del árbol antes copado
Solo queda el esqueleto.

De frío el pastor temblando
Tras su rebaño camina
Que vaga por la colina
En vano yerba buscando.